

Recé durante algun tiempo, y salí despues, devolviendo á mi padre la llave.

A poco me dirigí á casa de mi abuela, y por la tarde un sacerdote nos dió la bendicion nupcial, casi sin testigos.

A las nueve de la noche mi abuela y Sandoval nos condujeron á nuestra casa, en la que se hallaban desde por la mañana instalados Justina y algunos criados más.

—¡ Conde! dijo mi abuela á mi esposo al salir: no se olvide V. de que ha jurado hacerla dichosa!

LIBRO TERCERO.

I.

LA PRIMERA DECEPCION.

El primer mes que se siguió á mi enlace me parece un sueño: con tal rapidez pasó.

Eduardo me tenía envuelta en una atmósfera de perfumes y de adoracion.

Todavía no se habia arraigado tanto como lo ha estado despues, y lo está hoy, la costumbre de ir á pasar al extranjero la luna de miel, y nosotros permanecimos en Madrid, pues nuestro palacio, situado al fin de la calle de Atocha, tenía un fresco y delicioso jardin.

Ademas, mi esposo tenía, al parecer, tal afan de *lucirme*, por decirlo así, que me llevaba á todas partes y me presentaba á todos sus amigos.

Nos abonamos á la Ópera y á otro teatro de los de verso, y determinamos asistir á algun salon otro dia de la semana.

Quedaban tres para ir á los demas teatros, para estar en casa y recibir á nuestros amigos de más confianza, para ir á casa de mi abuela, y en fin, para amarnos,

para estar solos, como yo decia, que era mi mayor afan.

Eduardo se dedicó á mí por completo: sólo conmigo salia; á mi lado se le veia siempre en los teatros y en el carruaje, cuando íbamos á paseo, y á mi lado tambien cuando me acompañaba á los salones.

Las mujeres envidiosas y malignas criticaban esta asiduidad de mi marido y se reian de ella; porque es sabido que, para ciertas mujeres á la moda, lo más puro, santo y respetable es lo más risible y ridículo.

Naturalezas viciadas, sólo hallan su elemento en el impuro foco de la disipacion y del escándalo, y sufren al ver que se goza con los placeres legítimos y con la vida tranquila.

A esta clase de mujeres pertenecia Gracia, la bella, amable, coqueta y despreocupada Vizcondesa de Torrefiel.

Algunas pullas amargas, si bien encubiertas con el velo de la amistad y de la más exquisita cultura, fueron lanzadas por sus delicados y coralinos labios cerca de mi esposo, que, al oirlas, palideció de ira y de vergüenza; porque, fuerza es decirlo, los hombres se avergüenzan algunas veces de obrar bien.

Gracia vino á visitarme, y pareció ser mi mejor y más afectuosa amiga; pero un secreto instinto de mi corazón me aconsejaba no fiarme de sus protestas, y mantenía en mi alma una desconfianza que no me era posible vencer.

Sin embargo, mi vida se deslizaba mecida por las más dulces ilusiones, pues veia constante é inalterable el amor de mi marido.

Era imposible ser más galante, más complaciente, más rendido, más apasionado que él lo era para mí.

Acostumbrada yo al excesivo mimo y condescendencia de mi abuela, hallaba aquello tan natural, que apenas se lo agradecia, y ántes bien le exigia cada vez mayores sacrificios y más completa sumision, á lo que él se avenia sin esfuerzo alguno y aún con el mayor placer.

Una mañana, en que me habia levantado un poco tarde, me avisaron que estaba servido el desayuno.

Pasé al comedor, y vi que aún no estaba allí Eduardo, quien generalmente me esperaba siempre.

—¿Se ha avisado al señor? pregunté á uno de los criados.

—Ya hace rato, señora Condesa, me respondió; pero está ocupado.

—Vuelva V. á avisarle, y diga que le espero.

—Es que se halla con gente.

—¡Cómo! ¿A estas horas?

—Son las once.

—¿Y qué gente es ésa que se permite venir á una hora tan inconveniente?

—Dos amigos del señor Conde: el Marqués de Prado Hermoso y el Vizconde de Torrefiel.

Al oír este nombre me quedé algo suspensa: no sabia que mi marido conociese al esposo de Gracia.

—Vaya V., á pesar de todo, ordené al criado, y dígame que le espero para almorzar.

El criado salió, y yo me senté á la mesa, segura de que Eduardo iba á seguirle.

Pero no fué así: el criado volvió solo y me dijo:

— El señor Conde me ha encargado que suplique á la señora que almuerce sola por hoy.

— ¡Sola! repetí.

— Así me lo ha dicho.

Quedé como asustada: era una cosa tan nueva que Eduardo no me antepusiese á todas las consideraciones, que no podía creer lo que oía.

— ¿Está V. bien seguro de eso? le pregunté al criado.

— Segurísimo, señora Condesa.

Me levanté y me dirigí al cuarto de mi marido, en vuelta, como estaba, en mi peinador blanco.

Eduardo se hallaba, en efecto, con dos amigos suyos: hablaban alto, fumaban y reían, y él más que nadie y con mayor alegría.

Yo me quedé absorta á la puerta de la estancia. ¡Reír mi marido sin estar yo á su lado! ¡Qué espantosa decepcion!

Llena de ira, empujé la puerta y entré.

Eduardo me miró con asombro; luégo se levantó, y, soltando otra nueva y franca carcajada, se dirigió á mí.

— ¿Me creías solo, Valeria? me preguntó; pero no importa que te vean así... acércate... Amigos míos, Valeria, mi esposa.

Los dos caballeros se levantaron y me saludaron con respeto.

Yo les dirigí, por toda contestacion, una mirada de enojo.

— No quiero sentarme, dije separando el sillón que mi marido me ofrecía: sólo quiero decirte que hace media

hora te espero para almorzar, y que, viendo que no vienes he venido yo á buscarte.

Eduardo se puso colorado y me miró lleno de asombro.

— Almuerza tú sola, querida mia, me respondió con alguna frialdad; yo creí que ya lo habías hecho y que venías...

— ¿Almorzar sin tí, Eduardo?

— ¿Por qué no? de la misma manera que lo haré yo solo cuando tú estés ocupada.

— ¡Pero eso es imposible!

— ¿Por qué?

— Porque yo lo dejaria todo por acompañarte.

— ¡Y bien, los hombres no somos tan libres como vosotras: yo estoy ocupado, ya lo ves!

Lágrimas de ira acudieron á mis ojos; no supe qué responder, y dí dos pasos para salir, llena de confusion y ahogada por la cólera.

Eduardo no me detuvo, no me dijo una sola palabra, y yo desaparecí con el corazón traspasado de dolor.

En vez de volver al comedor, me encerré en mi cuarto y eché á llorar amargamente.

De pronto oí la voz de mi marido que salía de su habitacion, riendo y charlando.

¡Estaba alegre, podía reír cuando yo sufría tanto! Apenas podía creerlo!

No obstante, preciso me fué rendirme á la evidencia. Le oí decir á los criados:

— Digan ustedes á la señora Condesa que hoy almuerzo fuera con mis amigos; que no me espere hasta las cuatro.

Dicho esto, empezó á cantar una arieta, y bajó la escalera alegremente.

II.

MUCHO Y NADA.

Hirióme lo que acabo de referir, como la más cruel de las decepciones.

Me creí la mujer más desgraciada de la tierra, lloré mucho y me quejé amargamente de lo que llamaba la barbarie de mi marido.

Cuando ya me cansé de llorar, me levanté, sequé mis ojos, y vistiéndome de cualquier modo y precipitadamente, salí sola y á pié, y me dirigí á casa de mi abuela.

Ésta se hallaba recostada en una rica otomana de seda; su marido, sentado á sus piés en un cojin, la miraba con amor.

Formaba tal contraste lo que á mí me habia sucedido con lo que estaba viendo, que me eché á llorar de nuevo con amargura.

—¿Qué es eso? exclamó mi abuela corriendo hácia mí con cuanta ligereza le permitia su obesidad. ¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué lloras? ¿Habla!

—¡Ay, mamá! exclamé redoblando mis sollozos.

—¿Qué tienes?

—Eduardo...

—¿Qué ha hecho?

—¡Me ha abandonado...!

—¡Á tí!

—Niña mia, exclamó Sandoval, habla con calma... sosiégate... vamos, vén aquí... ¿Qué ha hecho tu marido?

—¡No ha querido almorzar conmigo!

—Y, ¿dónde está?

—¡Se ha ido!

—¿A dónde?

—¡A almorzar con sus amigos!

—¡Eso es indigno! exclamó mi abuela. ¿Cómo se entiende? ¡Dejar que esta criatura almuerce sola! ¡Digo almorzar! ¡De fijo que está sin desayunarse!

—Desde luégo, exclamé yo: ¡almorzar sin Eduardo! no hubiera podido.

—¿Quieres almorzar aquí?

—Ahora no, mamá, más tarde... acaso tomaré algo.

Sandoval no pudo contener una carcajada, y salió del aposento dejándonos solas.

Mi abuela, despues de haber apostrofado á mi ausente marido, llamándole infame, ingrato y hasta verdugo, y fatigada de aquel esfuerzo, se recostó en su asiento y se durmió, segun acostumbraba á hacerlo todo el dia; yo quedé sola allí, y empecé á aburrirme.

No queriendo volver á mi casa, y no queriendo tampoco permanecer sola, salí y me fuí á casa de mi padre.

El gran palacio que habitaba estaba triste, como de costumbre, pero silencioso y apacible.

Todo se hallaba allí en el orden más perfecto, y mucho más desde que lo vigilaba Felicia.

Hacia calor y todo estaba cerrado, fresco y perfumado con flores.

Mi padre no se hallaba en casa.

En la habitacion de la Condesa se hallaban ésta y Felicia.

Me admiró ver lo desmejorada que estaba Magdalena: parecia una sombra y no un cuerpo.

Me abrazó con ternura, y me preguntó por mi marido.

A esta pregunta prorumpí en llanto, reanimándose todos mis dolores.

— ¡Hé aquí la verdad, exclamó la Condesa: la verdad es el dolor, las lágrimas, las penas! ¡Hace poco más de un mes que te has casado, pobre niña, y ya lloras!

— Pero, querida Valeria, ¿hay razon para ese llanto? preguntó mi antigua aya. ¿Qué sucede? ¿Qué ha hecho su esposo?

Yo conté lo que habia sucedido, y Felicia respondió sonriéndose.

— Eso no es nada.

— Tras de eso vendrá otra cosa mayor, repuso Magdalena: hija mia, espera siempre lo peor.

— Siento no ser de la opinion de V., querida Condesa, dijo Felicia; lo que ha hecho hoy el Conde no prueba nada; y, á mi modo de ver, es Valeria la única culpable de lo que ha sucedido.

— ¡Yo! exclamé. ¿Por qué razon? ¿No he sido la víctima de su despego delante de gente?

— No hay hombre que no sea despegado, querida mia, —sobre todo delante de gente— si presume que se le quiere rebajar.

— Pero yo, ¿de qué modo le queria rebajar?

— Obligándole á dejar por V. á sus amigos, querida mia.

— ¿Y no era justo?

— ¡Él creerá que no!

— ¡Pues yo queria convencerle de que sí!

— Y ya ve V. como no lo ha conseguido; para convencer al hombre de lo contrario de aquello que desea, hay que andar con mucho tiento; hay que engañarle.

— ¡Hay que engañarle!

— Precisamente: hay que aparentar que se cede, y hacerle ceder á él.

— Jamas descenderé hasta la ficcion, aya mia.

— Y, sin embargo, es preciso: el hombre es un niño grande y nada más: la mujer, por el contrario, debe ser niña unas veces, y otras debe estar llena de fortaleza y de experiencia; debe ser á la vez condescendiente y justa, suave y digna; créame V., hija mia, hay que estudiar la vida conyugal, que á primera vista parece tan fácil y tan dulce.

Este modo de razonar me enojó, porque mi amor propio y mi viciada educacion se resistian á toda clase de sumision y de suavidad.

Me encerré en un silencio desdeñoso, y al poco rato me sentí tan violenta que conoí que donde mejor me habia de encontrar era en mi casa.

Con efecto, ¿qué habia adelantado con ir á hablar de mis penas á casa de mi abuela y de mi padre?

Mi abuela las habia lamentado, pero se habia dormido con su paz acostumbrada.

Mi madrastra las habia agravado con sus funestos augurios.

Mi aya me daba consejos que no queria de ningun modo seguir, y que me irritaban sobremanera.

—En mi casa, al ménos, me dije, hago y digo lo que quiero y soy la soberana absoluta.

Llegué á ella y me volví á retirar á mi habitacion: ya eran las dos y media, y faltaba poco para que diese la vuelta Eduardo, puesto que se habia despedido hasta las cuatro.

Pero en aquel breve espacio me cansé de llorar, de cavilar, de hacer reflexiones á cual más tristes, y concluí por ir á la biblioteca y tomar un libro que me entretuviese.

La biblioteca daba al jardin, sobre el cual empezaba á bajar un poco de sombra: las flores, abatidas por el calor del día, iban levantando sus tallos, y exhalaban sus perfumes; el jardinero habia destapado el cauce de la fuente, que se derramaba en un azulado arroyuelo por los campos de rosales y azucenas.

No hay nada que alivie tanto las penas del ánimo como la vista de una plácida y risueña naturaleza: á la parte de mi habitacion que caia sobre la calle, el ruido de los carruajes, los gritos de los vendedores, y ese rumor incesante de la gran poblacion, me fatigaba é irritaba los nervios: allí, el plácido aroma de las flores, el murmullo del agua, la brisa templada, el silencio, la tranquilidad no alterada más que por el canto de los grillos entre la hierba, eran para mi espíritu como un bálsamo consolador y refrigerante.

Acerqué un sillón á la ventana, y recorriendo un poco la persiana, á la cual llegaban las ramas trepadoras

de un jazmin, me puse á leer una de las églogas de Garcilaso.

A pesar de lo embebecida que me hallaba en aquella ocupacion, oí perfectamente dar las cuatro en el reloj del comedor que estaba inmediato.

Tres minutos despues la campanilla del portero anunció la llegada de mi marido.

III.

LECCIONES.

Pronto oí sus pasos acercarse á mí y mi corazón empezó á latir apresuradamente.

Pero procuré adquirir la más desdeñosa expresion posible y extenderla sobre mis facciones.

—Buenas tardes, querida Valeria, dijo con dulzura, pero tambien con alguna gravedad, viniendo á apoyarse en el respaldo de mi sillón.

—Buenas tardes, le respondí friamente.

—Veo, dijo, que estás enfadada y lo siento mucho.

—Me parece que te cuidas muy poco de mis enfados, repusé yo, con mayor sequedad todavía.

—Pues te equivocas, dijo mi marido: me importa mucho de ellos, y ahora mismo estoy sintiendo que voy á acrecentar el que te domina: escucha, esta mañana has estado ridícula é imprudente, y se habrán reído de tí.

— Poco me importa, respondí con cólera.

— Pero me importa á mí, porque mañana nos verán en el teatro ó en un baile, y dirán señalándote:

«Allí está la Condesa de Rio-Claro, que llora y se encoleriza porque su marido no va á almorzar con ella por hallarse ocupado.»

— ¿Y qué importa que lo digan? exclamé exasperada, ¡si no dicen otras cosas peores!...

— No hay nada peor que el ridículo, querida mía.

— Peor es lo que se dice de otras, cuya fama va en boca de todos.

— Tu fama, Valeria, no irá así jamás: en primer lugar, porque tú eres buena, y despues, porque al primero que osára tomarla en boca, le cortaría yo la lengua.

El Conde dijo estas palabras con el acento más sencillo y más natural.

— Sí, prosiguió: nadie atacará jamás á lo que es inatacable, Valeria; de la que hablan, es porque ella da lugar á la crítica; pero ya que tú eres un ángel, no quieras dar que reir por genialidades que á nada conducen; yo quiero ser, más que tu marido, tu amante; pero habrá muchas ocasiones en que tenga que ser marido, porque hasta el amor puede caer en el ridículo.

— ¡Oh, qué blasfemia! exclamé. ¡Eso será para los que no lo conozcan, para los que no lo hayan conocido jamás! ¡Ridículo el amor! ¿Cómo puede ser eso?

— No lo sé, Valeria, pero lo es.

— ¿No ves á mi abuela y á su marido, cuántos años hace que se aman y qué rendido está él? ¡Pues así creí yo que serías tú!

Mi marido tomó mi mano, la estrechó tiernamente entre las suyas, y me dijo sonriendo casi con tristeza:

— ¡Pobre niña! ¿Cres tú que eso es amor?

— ¡Sí, le respondí, eso es amor!

— ¡Te engañas!

— ¿Pues qué es?

— ¡Cálculo, ambicion, nada más!

— ¿No ves cómo Sandoval rodea á mi abuela de todo lo que le agrada? ¿Cómo está atento á sus menores deseos? ¿Qué enamorado parece, aunque ya haya perdido con la edad toda su belleza?

— Eso te probará que es cálculo tan ponderado amor.

— ¡Dios mio, esto me indigna! exclamé: ya que no comprendas el amor, no calumnies á los demas.

— Dejemos esto por ahora, me dijo del mismo modo que se procura separar el pensamiento de un niño de una cosa que no se quiere que penetre: dejemos esto, y hablemos de lo que á nosotros nos interesa. Valeria, escucha, prosiguió con una emocion creciente... es forzoso que procures dejar de ser niña para ser mujer... domínate... sé amable é indulgente para todos y para mí... ¡Va en ello nuestra dicha!

— ¡Dios mio! ¿Qué te sucede? exclamé. ¡Parece que sufres...!

— ¡No, no! no es nada, repuso dominándose: yo te amo, pobre niña; tu dicha es sagrada para mí; procura que dure y que nos la envidien todos... ¡En tu mano está!

Se levantó y dió dos ó tres vueltas por la biblioteca, procurando serenarse, lo que logró con poca dificultad, volviendo á sentarse á mi lado.

— Mañana, al amanecer, dijo, voy de caza con algunos amigos.

— ¡Cómo! repuse. ¿De caza?

— Sí, ¿qué te extraña esto?

— ¿Y te vas por todo el día?

— Por cuatro días.

— ¡Dios mío, pero esto es demasiado! exclamé rompiendo en un llanto colérico. ¡De caza! ¡De caza! ¡Qué enmienda!

— ¿De qué me he de enmendar, señora?

— ¡De lo que ha hecho V. hoy!

— ¿Y qué he hecho?

— ¡Irse á almorzar con sus amigos! ¡Oh! pues lo que es de caza no irá V., añadí con una decisión que hizo sonreír á mi marido.

— Valeria, exclamó él, ¿estás loca? ¿Quién me lo impedirá?

— Yo, le contesté.

— ¿Y de qué modo?

— No lo sé, dije; pero desde luego le participo que no quiero vivir ya á su lado, que me marchó á casa de mi padre.

— ¿Y eso impedirá que yo vaya á cazar?

— Veo que es V. lo que yo no creía, y que todo debo esperarlo ya de usted. Se irá V. á cazar, pero yo no volveré aquí.

— Mira, niña mía, dijo mi marido: tienes diez y seis años; te han educado con demasiado mimo, y no te han dado ninguna noción de lo que es el mundo. Yo tengo que educarte... lo veo y lo siento.

— ¡Ah, caballero, tras de la ingratitud el insulto! ¡Eso es muy noble!

— No tomes así las cosas, Valeria, porque con ese sistema, de lo que es nada, harás un monte. Tú estás perfectamente educada, según se entiende en el mundo; sabes dibujar, tocar el piano, hablar francés é inglés; pero no sabes sufrir, ni ser prudente; aprende esto, que es lo principal.

— ¿Es decir que tú piensas hacerme sufrir incesantemente?

— ¡No lo sé! si tú te empeñas en sufrir por todo...

— Yo sufro por lo que debo sufrir. ¡Dios mío, irse ahora de caza, y por cuatro días!

— Si no hubiera dado palabra á mis amigos; si no estuviera ya todo dispuesto, no iría... pero ya no hay remedio; no quiero que digan de tí que me dominas y que no me dejas dueño de mi voluntad.

— ¿Y qué importa que lo digan?

— Importa más de lo que tú crees: no quieras nunca, querida Valeria, la fama de dominante y de intransigente; vamos, valor, esta noche, en compensación, quiero llevarte al baile de la Duquesa de A... que estará brillantísimo; te pondrás el más lindo de tus trajes, y si no hay ninguno que te agrade en tu guardaropa, encarga á tu modista que te disponga uno nuevo.

— No, respondí con voz sorda: duerme para que puedas madrugar y que no te esperen tus amigos.

— ¡Valeria! exclamó el Conde con tono suplicante.

No le respondí, y saliendo de la biblioteca, me encerré de nuevo en mi cuarto.